

La ciudad posible

Sarai García Espinoza

El libro *La ciudad posible* es un texto que aborda la ciudad desde las centralidades históricas, así como desde las distintas aristas que componen el urbanismo y la construcción de la ciudadanía. De igual forma, brinda un acercamiento a las representaciones e imaginarios sociales y urbanos que se construyen en torno a la misma. Pero aquí la pregunta es, ¿por qué hablar de ciudad implica también hablar de derechos?

Esta pregunta se puede responder al hacer un recorrido, primeramente, desde lo que nos plantea Fernando Carrión cuando menciona los centros históricos como partes elementales de las ciudades en América Latina. Aunado a ello, particulariza el caso de nuestra ciudad y su centro histórico, lo que facilita pensar que este centro tiene que ser pensado con una visión hacia el futuro, es decir. Al mismo tiempo, el autor nos invita a analizar si el caso de Juárez es igual al que ocurre con las centralidades históricas en América Latina, ya que

deja entrever que los orígenes de las ciudades, como lo son los centros históricos, atraviesan por un efecto de erosión ligado a los procesos de crecimiento acelerado de las ciudades, que desde luego ese ha sido el caso característico de nuestra ciudad.

Si bien, nuestra ciudad es una frontera con la vecina ciudad de El Paso, Texas, se podría decir que ambas son ciudades hermanas. No obstante, actualmente las diferencias son múltiples; en el caso de Juárez, es una ciudad que comenzó a deteriorarse, a dejarse y a desconocerse esta ciudad hermana. Estos fenómenos, según el autor, también se encuentran fuertemente conectados con los procesos de la migración. Podríamos decir que antes existía una gran cantidad de lugares rurales dentro y fuera de la ciudad. Ahora, con las migraciones y sus efectos, la población duplica las cantidades de hace décadas. Ello lo puntualiza Carrión al señalar que para nuestra época podemos decir que el 82 % de América Latina ya vive en las ciudades y sus puntos de

crecimiento u origen son los centros históricos, de los cuales emanan todas las demás construcciones urbanas en la ciudad, sean para uso habitacional o centros de trabajo.

Por otra parte, los centros históricos forman parte de las ciudades, aunque con el modelo de ciudad dispersa, como con el que actualmente contamos. En Juárez podemos notar que existen islas urbanas compuestas por zonas habitacionales, espacios desiertos, zonas industriales, zonas comerciales, entre otras, y el centro histórico como parte de los espacios más antiguos de la ciudad. Quienes habitamos aquí hemos podido ser testigos de que este tipo de urbanizaciones debilitan el tejido social y convierten a la misma no solo en una ciudad dispersa, sino que es un tipo de urbanización proclive a los hechos de violencia, al obedecer a razones de equipamiento e infraestructura y planeación urbana que hacen que la ciudad favorezca la presencia de la misma, sea por el transporte público, alumbrado público (deficiente o nulo) y la organización espacial urbana en general. Proliferan lugares donde todo ocurre y la indiferencia prima ante una ciudad que no ofrece más.

En este sentido, algo que desentraña el autor de manera muy certera tiene que ver con los procesos que surgen a partir de la revolución industrial y su desarrollo acelerado en la localidad, ya que la ciudad modifica su razón de ser social para ser una razón de ser capital; por ende, la ciudad deja de ser creada por planificación, dando como resultado una crisis de planificación urbana y luego del patrimonio, incluidos los centros históricos, debido a que

son estos los que padecen los estragos de la violencia, dejando de ser lugares centrales de encuentro ciudadano y en consecuencia en abandono.

Aunado a lo anterior, el autor hace énfasis en que toda ciudad es histórica. No hay unas ciudades que son históricas y otras que no lo son, pero hay unas centralidades distintas a otras. Si bien respecto al tema de las centralidades en Juárez, se puede rescatar algo muy puntual que refiere el autor, acerca de la enorme dispersión urbana, situación que ha ocasionado que vivamos diferentes centralidades; por un lado, vemos el centro histórico de la ciudad, y por otro, las nuevas formas de centralidad como los centros comerciales, lugares que brindan una supuesta seguridad al hacer uso de ellos, pero eso no los hace un espacio público, como sí lo es el centro histórico, ya que estos obedecen a fines comerciales y capitalistas con un horario de entrada y salida, totalmente limitado y restringido al consumidor.

Ante esta situación tan particular, se hace necesario reconocer que hay diferencias: el centro histórico corresponde al espacio público y los segundos a los capitales privados. Por tanto, el centro histórico como un patrimonio de la localidad merece tener un presupuesto asignado, pensando en políticas públicas que incluyan a todos los sectores poblacionales: desde infantes, mujeres, jóvenes, personas de la tercera edad, y migrantes, entre otros, facilitando que se identifiquen con este espacio histórico que da origen a la ciudad. De no ser así, tendremos un espacio histórico en des-

composición, deterioro y abandono, carente de construcción ciudadana.

Asimismo, en cuanto al capítulo: “Habitar las centralidades históricas” de René Coulomb, fue posible retomar el tema de los centros históricos desde la regeneración urbana del mismo, por lo que aquí el autor nos invita a pensar este lugar no solo desde la conservación del mismo en sí, sino desde todos los elementos que constituyen la ciudad como partes importantes. En este sentido, el autor refiere que una parte importante de pensar la ciudad y sus centros históricos implica reflexionar los usos habitacionales que ya existen dentro de estos espacios, porque no se trata solo de consolidar y materializar el derecho a la vivienda digna, sino también la construcción de un proyecto alternativo de ciudad. Situación que también implica el pensar la ciudad desde el análisis del urbanismo que la misma configura, como lo es el hacer una evaluación crítica de sus formas de crecimiento espacial, el caos que pudiera representar y la dispersión urbana a la que se enfrenta, situación presente y latente en nuestra urbe.

Cabe señalar que este es un fenómeno que enfrenta la localidad y que, mientras para las clases sociales con un poder económico más elevado, el tener una ciudad dispersa les representa una óptima segregación espacial, para las clases más desfavorecidas brinda la posibilidad de contar con un patrimonio. Pero, ¿qué hay de estas formas habitacionales presentes en la localidad? Cada vez más nos vemos como habitantes lejanos a la historia de la ciudad, es decir, nos encontramos cada vez

más lejos del centro histórico, como icono urbano. De aquí que podamos observar, quienes vivimos la ciudad día a día, que tenemos un centro deteriorado, incluso carente de identidad para los habitantes de la localidad. En consonancia con Carrión, los distintos sectores poblacionales carecen de un sentido de identidad y pertenencia con el centro histórico.

Debemos pensar en recuperar el centro. Desde luego, ello implica invertir en un proyecto de regeneración urbana que, además de revitalizarlo, este pueda ser accesible para todas las personas que habitan la ciudad. En palabras del autor, “debe ser el espacio en donde todos los habitantes de una ciudad puedan vivir el encuentro entre el pasado y el futuro, y vivir las contradicciones del presente”. De aquí que,

[...] el concepto de regeneración urbana aquí propuesto busca la reincorporación al desarrollo urbano de amplias zonas de las ciudades en donde el deterioro ha generado en el pasado, (o — de no actuar— generará en el futuro) la pérdida de varias funciones urbanas, entre ellas, la función habitacional.

Ello es hablar de una política que incluya un proyecto que nos conduzca a construir ciudad donde se facilite la construcción de ciudadanía, y a partir de ahí digamos que se cumpla un verdadero derecho a la ciudad para todas las personas.

Pero no hay que dejar de lado que hablar de esta regeneración integral de un centro histórico es una tarea de largo plazo. No puede ser un pretexto para justificar

que siga permaneciendo por más tiempo la situación de grave deterioro y riesgo en la cual se encuentra un universo importante de inmuebles patrimoniales y de familias. Porque el derecho a la ciudad consiste en el derecho de todas(os) a la centralidad urbana e histórica, así como de acceso y movilidad para todos los habitantes de la ciudad.

Siguiendo lo anterior, como desarrollo de la segunda parte del libro se presenta un abordaje sobre el espacio público y género, esto desde los estudios de Patricia Ramírez Kuri y Sarai García Espinoza. En cuanto al análisis que realiza la doctora Ramírez Kuri, titulado “El derecho a la ciudad y el espacio público”, la autora habla de este espacio como el lugar donde las personas que ahí habitan mantienen comunicación y entretejen relaciones sociales en las que comparten intereses, valores, incluso ideas que construyen la espacialidad social y distintas formas de organización. Esto conduce a la integración de las personas con la ciudad, la memoria, historia y sus experiencias, sobre todo a la apropiación del espacio público y la recuperación de la memoria histórica.

Porque el espacio público es la ciudad, pero al hablar de ella en el sentido social de la palabra tenemos que discutir nuestra situación particular de Juárez. Y al mencionar al espacio público como la ciudad, nos referimos a que este es ciudad cuando se da la construcción ciudadana, representada por medio de las formas de expresión ciudadana, las relaciones de poder, así como de la participación; de otra manera, cuando ello no ocurre, solo nos quedamos con un espacio urbanizado, como lo mencionaba

Jordi Borja en su visita a Juárez en el 2016. En este sentido, siempre estaremos esperando que en dicha construcción de ciudadanía la ciudad sea quien desborde bienestar, no solo para la urbe en sí, sino para la región. Porque son las personas quienes deben lograr apropiarse, identificarse con ella, disfrutarla y usarla. Es la gente la que hace la ciudad, y en ello se encuentran interrelacionados múltiples actores, como las personas que la habitan, la ciudadanía como un estado de derechos humanos y las instituciones que en ella existen.

Y si hablamos de todo lo anterior, tenemos que plantear desde luego el derecho a la ciudad y a la vida pública, a la centralidad, que no se trata que todas las personas vivan en el centro histórico, sino que todas las personas tengan accesibilidad al mismo, que participen de la vida urbana y de la toma de acciones y decisiones políticas que les benefician, porque son las y los habitantes quienes saben qué es lo mejor para la ciudad. Se trata de que el acceso a la vida pública logre que las personas tengan voz y decisión para tener como resultado el resguardo, cuidado y apropiación de este espacio de la ciudad. Estas también son formas de contrarrestar las segregaciones, la fragmentación y el abandono de lo urbano en nuestra ciudad, logrando la inclusión de nuestras y nuestros habitantes.

Con ello, lo que logramos es una verdadera cultura de derechos, porque es el espacio público donde confluyen, donde se construyen la civilidad y la ciudadanía que, en consonancia con Jordi Borja, es el espacio público “donde la gente se apropia colectivamente de la ciudad, sin espacio

público no hay colectivo”. Al respecto, un lugar donde la gente se siente segura en su ciudad, permite que se identifique con ella y se reúna. Sin embargo, en el caso contrario, donde la gente se siente insegura, se generan procesos de exclusión y autoexclusión del espacio público, sea por razones de violencia, delincuencia u otras. El resultado aquí es un espacio degradado, fragmentado y en abandono donde las actitudes y comportamientos ciudadanos denotan una clara ausencia de construcción de ciudadanía. Podríamos decir que las formas de convivencia se fracturan por los temores a vivir la ciudad.

De aquí, que la autora nos invite a pensar en una nueva política urbana, que atienda la ciudad desde lo multidimensional y multidisciplinario, que incluya una reivindicación de planeación, vivienda, medio ambiente, seguridad, movilidad, economía, cultura y sobre todo, una política de inclusión social, lo que representa un gran desafío para las crisis de la ciudad. Al respecto, existe una cita de David Harvey que me resulta interesante: “el carácter físico de la ciudad y del espacio público importa poco si no se entienden las relaciones simbólicas con la organización institucional, el sector privado, la política y la cultura”.

En cuanto al capítulo titulado: “El carácter urbano de la violencia de género en la ciudad”, que firma quien esto escribe, brinda un acercamiento contextual a lo que es Juárez en torno a las situaciones de violencia de género contra las mujeres, principalmente las mujeres jóvenes, lo que no significa que mujeres de cualquier edad no pueden ser víctimas de esta violencia.

Cabe puntualizar que entre los aspectos más importantes que se rescataron está la construcción de los imaginarios sociourbanos del miedo, ya que el esta es una de las emociones que vulneran de manera generalizada el uso del espacio urbano y público de las mujeres jóvenes y por ende su ciudadanía. Claro que el miedo nace en el campo objetivo desde la experiencia vivida frente a la violencia, así como la construcción del miedo subjetivo ante una violencia imaginada.

Por un lado, el miedo subyace a la cuestión urbana que muestra una clara ausencia de planeación y de inclusión de las mujeres a la vida urbana/pública. Vista desde las mismas mujeres, lo urbano se convierte en un espacio restringido e inseguro, en deterioro, en abandono y aún más, sin construcción de ciudadanía para ellas. Situación que se ve fortalecida por la acción de los medios de comunicación que, mediante imágenes violentas y discursos de terror sexual, terminan por convertir a las mujeres en personas autoexcluidas de la vida pública en la ciudad para finalmente resguardarse en el ostracismo social. Realidad a la que se suma la configuración de los lugares violentos para las jóvenes, como lo es el espacio urbano como principal escenario de la violencia urbana y de género contra las mujeres.

Es el espacio público donde se experimenta todo el sistema cultural, de creencias y de comportamientos androcéntricos y machistas que facilitan la violencia de género con expresión urbana hacia las mujeres, como lo son los espacios desolados y en abandono dentro de la ciudad: los terrenos baldíos, calles, parques, pla-

zas, casas abandonadas, etcétera, lugares de riesgo para las mujeres y en los que se pueden ver victimadas por la sola razón de género, es decir, por ser mujeres. De aquí que se tenga como efecto el miedo a transitar en lo público como un espacio no apto para las mujeres.

Ante tales elementos como la organización y el diseño urbano de la ciudad, factores que propician la violencia de género hacia las mujeres, podemos puntualizar que a estos también se puede sumar la mala, nula o deteriorada infraestructura urbana con la que cuenta la localidad. Hacemos referencia primeramente al transporte público como un lugar donde se experimenta la violencia de género, pero con una expresión urbana, y del cual se puede señalar que son las mujeres jóvenes, niñas y ancianas las que se ven mayormente afectadas en este espacio. Este, a su vez, implica inseguridad, reproducción de prácticas sexistas como el acoso y abuso sexual, o en su caso, la agresión sexual en el mismo. Aunado a ello, las condiciones de vulnerabilidad se acrecientan con base en la condición social y económica en que se encuentren.

A la infraestructura y equipamiento urbano se suma la (des)iluminación del espacio urbano, enfatizando que la caren- te, nula o deficiente iluminación favorece la creación de espacios urbanos propicios para la violencia hacia las mujeres, así como la cultura del miedo a lo público en las mujeres, lo que aumenta su percepción de inseguridad, y tiene repercusiones como la restricción de las mismas a todo lo que tenga que ver con lo público o que implique estar fuera del espacio domés-

tico. Finalmente, cabe mencionar que la representación social de las mujeres sobre lo urbano, conlleva el señalar a la ciudad como un lugar donde impera la violencia urbana y de género donde la deficiente infraestructura adquiere manifestaciones perceptibles ante la vista humana a través de la dispersión urbana como un efecto de una mala planeación. Realidad que forma parte de lo que hoy constituye la ciudad y de la que se puede mencionar que no facilita en mucho la cohesión y construcción de ciudadanía de las mujeres y de los habitantes en general.

Todo lo anterior restringe y vulnera derechos y oportunidades, y esto tiene como repercusiones serias, en la vida de quienes la habitan, efectos de violencia extrema como lo son el feminicidio, las violaciones, la desaparición forzada y asesinatos perpetrados en pleno espacio público, y son el centro histórico, los terrenos baldíos o las casas abandonadas y terrenos deshabitados los lugares propicios para todas estas violencias. La única constante sigue y seguirá siendo el miedo a hacer uso de estos espacios por un sentido de preservación de su seguridad y de sus propias vidas. Desde luego, todo ello es hablar de ciudad, por ende, de la realidad que viven muchas mujeres en Ciudad Juárez.

Por otro lado, en el tercer apartado de este libro nos encontramos con los imaginarios urbanos que se inscriben en el urbanismo de las ciudades y cómo estos siempre se encuentran relacionados con los sentimientos, experiencias, memorias, luchas y prácticas sociales de quienes ahí habitan. Por todo ello, comenzaré este

apartado desde lo que plantea Mauricio Vera con su tema “Imaginarios fronterizos: Juárez entre la ciudad y la frontera”.

En este artículo, el autor nos incita a reflexionar la frontera desde los imaginarios urbanos que parten del arte, la estética, la ética, la política, los sentires y las memorias que el urbanismo y las ciudades generan sobre quienes ahí habitan. Sin lugar a dudas, estos imaginarios se convierten en reflejo de la realidad de Juárez, pero también en elementos identitarios que dan lugar a lo que hoy es la ciudad, en los que podemos destacar que aunque la parte urbana es fundamental de hacer ciudad, para los habitantes de la localidad también son, estos íconos identitarios, los personajes que han formado parte de la construcción e historia de la ciudad, sean históricos o contemporáneos.

Reflejo de ello, se menciona un Juan Gabriel, artista con el que quienes habitan la frontera relacionan con la ciudad, o bien un Tin Tan, un Benito Juárez, pero también con el fenómeno de la migración, que en este sentido juega un papel coyuntural, ya que parte, como bien lo dice Mauricio Vera, de “lo real-imaginario-real”, es decir, este fenómeno viene a constituir a Juárez como un escenario claro de la mezcla de razas, culturas, tradiciones, ritos y formas de ser dentro de la riqueza multicultural con que cuenta la ciudad. Ahora bien, este fenómeno no se aleja de lo que es la ciudad hermana de El Paso, Texas, misma que de alguna forma u otra se identifica también con nuestra urbe fronteriza, porque es aquí donde esta ciudad ubicada en el país vecino mantiene estrecha relación con

nosotros por las manifestaciones artísticas que invitan siempre a pensar en “la otredad de quienes habitan del otro lado de la frontera”.

Si bien, la construcción de los imaginarios fronterizos nace desde la experiencia y la memoria de quienes habitan la ciudad, porque es la memoria donde se generan las emociones y sensaciones que produce un espacio como este, a partir de la monumentalidad y de sus puntos de encuentro, donde se entrecruza la comunicación; pero también el paso de la historia de toda una ciudad y cómo puede ser esta (des)dibujada a partir de la representación de sus colores identitarios. En este texto rescato una cita del autor en la que menciona al esteta colombiano Carlos Mesa, quien refiere que

[...] la ciudad en su disponibilidad estética es una geografía del contacto, de la mezcla, su superficie se compone de espesores estéticos distintos y que es en los hábitos superficiales, en las habitaciones humanas, donde el mundo se renueva a cada instante,

situación que evidencia Mauricio Vera en su texto cuando da a conocer que, aun en la frontera de Juárez, las personas la continúan identificando con el centro histórico, ya que este para las personas representa un lugar de encuentro y de reunión para las personas. Es ahí donde rescatamos las representaciones sociales, así como los imaginarios urbanos de lo que es la ciudad en la frontera y muy estrechamente ligado a la memoria e historia de la misma.

Por otro lado, el autor Díaz Arenas y la autora Montoya Mejía, en su capítulo: “El imaginario como referente ciudadano”, invitan a revisar las expresiones y representaciones de la cultura urbana en las dimensiones simbólicas, que se encuentran expresadas en las prácticas sociales de las personas en los imaginarios urbanos. Ello implica dar un recorrido por las dinámicas sociales y su relación con la realidad social de la ciudad, escenario que ayuda a reflexionar cómo se configuran y resignifican las urbes en lo simbólico, en el campo de la representación social, porque en ello se encuentran plasmadas la experiencia, la memoria y la ciudad que puede ser imaginada, lo que brinda un abanico de interpretaciones de la realidad.

A su vez, cuando pensamos en lo imaginado, de alguna manera también pensamos en lo deseado, principalmente en lo urbano. Estos imaginarios abarcan tanto los deseos individuales como los colectivos. En tal sentido, la ciudad llega a convertirse en testigo del arte y con ello vemos cómo se construye y se configura un imaginario de ciudad. Estas imágenes evocan situaciones reales, tal es el caso de las cruces que vemos en los postes de la ciudad, o bien los monumentos que se han hecho en torno a situaciones latentes, que desde los estudios de género se da cuenta de la recuperación de la memoria histórica de los feminicidios, que traen una realidad recrudescida de violencia contra las mujeres.

Todas las imágenes articulan la comunicación y quien recibe la información reconoce que la imagen transmite un mensaje, porque la ciudad en el sentido simbólico es

un documento que puede ser leído; porque expresa, es vivida y es reconocida por quienes la habitan y la recorren día a día, lo que genera una comunicación simbólica manifestada a través de las prácticas sociales de sus habitantes. De ahí que podamos referir, en consonancia con el autor y la autora, que dentro de las formas de lectura se encuentra la imagen, porque ella alude a la representación de los imaginarios sociales y urbanos. Cuando imaginamos, lo hacemos en relación a lo observado, lo que tenemos o lo que existe en el deseo de que exista. Desde luego, la raíz de su creación obedece también a sentimientos, sensaciones y manifestaciones afectivas que las personas estructuran con base en su realidad, muchas de las veces hechas para denunciar, transgredir y subvertir las normas que limitan lo urbano. Son las personas quienes construyen la ciudad, no sólo en lo físico, sino en lo simbólico y en lo estético, resignificándola, interpretándola y expresándola en lo visual.

Para finalizar el libro, hay una reflexión realizada por Marcelo Corti donde inicia diciéndonos que, según se mire, Juárez puede ser el final o el comienzo de América Latina, y hace alusión a que la ciudad de El Paso, Texas, podría tener este estatus en el norte. Ahora bien, en cuanto al caso particular de nuestra ciudad, Corti hace un puntual análisis de la realidad social y urbana que presentamos, y coincide como algunos autores que ya han trazado sus letras en este libro y de los cuales quienes tengan el gusto de leerlo encontrarán estas coincidencias. Juárez es una ciudad dispersa que enfrenta complejidades tanto

a nivel estructural, social y político, pero muy en un sentido estricto es un lugar que cuenta con múltiples urbanizaciones, característica de su acelerado y disperso crecimiento, que mantiene como efecto un crecimiento habitacional cada vez más lejano a nuestro centro histórico, problemática que genera exclusión ciudadana y condena a quienes habitan en estos lugares a padecer los estragos de un urbanismo decadente, fragmentado, abandonado y en una total descomposición, de aquí que se observe como resultado servicios públicos como el transporte, calles, parques y casas en mal estado.

Corti refiere que esta problemática surge en gran parte por las empresas desarrolladoras de vivienda, a las que no les interesa el bienestar social de sus habitantes, sino el poder obtener una ganancia económica de estas urbanizaciones. Corti afirma: “este negocio lo paga la ciudad”, y desde luego, quienes habitamos la ciudad, la vivimos y la experimentamos día a día en la cotidianidad, con el inaccessibilidad a las oportunidades de crecimiento, de derecho a la ciudad; sobre todo, ante una ciudad tan dispersa y tan inaccesible como Juárez, tenemos como otro efecto negativo: un centro histórico abandonado y degradado, “con poco para mostrar del pasado colonial pero un gran potencial de animación e identidad si la ciudad lo aprovechara”.

A estos problemas de ausencia de construcción ciudadana de los que nos habla el autor, se suman elementos económicos como lo es el empleo en la localidad, que se caracteriza por el trabajo maquilador, que tiene como protagonista a las personas mi-

grantes y que por su parte mantienen salarios precarios. Estas personas que migraron a la localidad para tener una mejor calidad de vida ven vulnerados sus derechos humanos, aunque aquí cabría destacar la situación de la feminización del trabajo que se dio durante las décadas de los sesenta y setenta, que en algunas empresas aún persiste, aunque aquí es bueno mencionar que el tener una mano de obra feminizada mantuvo como un efecto la presencia de mujeres obreras víctimas de la violencia de género y, en su faceta más cruda, el feminicidio.

Muchas cosas podríamos mencionar de nuestra ciudad, entre ellas que, para finales de la primera década de este siglo y principios de la otra, atravesamos por un proceso de violencia que cobró la vida de miles de personas, lo que propició un acelerado abandono de espacios públicos y habitacionales en la ciudad, entre ellos nuestro centro histórico, que se ha caracterizado por la violencia de género que muchas mujeres han vivido en este lugar. Si bien, esto solo es un acercamiento a lo que nos brinda Corti, podríamos coincidir en que apostar por un proyecto de regeneración de ciudad implica grandes desafíos, tanto urbanos como políticos, ya que se requiere más que buenas voluntades sociales para lograrlo, se requieren voluntades políticas con grandes presupuestos de inversión para hablar de dicha regeneración urbana. En este sentido Corti, citando a Carlos González muy atinadamente, refiere que existe una deuda histórica nacional con Juárez, por lo que: “No bastará que digamos que hace falta más presencia del Estado mexi-

cano, habrá que exigirla con la conciencia de que el modelo de ciudad está en crisis”.

Finalmente, este libro vislumbra un acercamiento a las múltiples relaciones que se entretienen en una ciudad como la nuestra, tan particular y con sus múltiples realidades. El poder abordar la ciudad desde las centralidades históricas, los imaginarios urbanos que las personas creamos de la misma y el espacio público, nos recuerdan que aún hay mucho trabajo por hacer

para construir ciudadanía, ya que esta se construye desde la voz de quienes hacen uso, viven, experimentan y elaboran memorias e historia, que somos las personas que habitamos la ciudad. Cuando logremos que la participación de los habitantes tenga voz en las políticas urbanas y públicas, hablaremos de construir ciudad y ciudadanía, pero hay que creer que la ciudad es posible, para así buscar el cambio.